

Diago aparece en una ocasión como Ramón y en otra como Gabriel. Una vez Colmenares atribuye a La República la posición de Rendón, pese a que aquella señaló su desacuerdo (número 42). En unos pocos casos, la información es incompleta y puede inducir a engaño o dejar al lector sin entender el dibujo: nunca menciona Colmenares que Olaya Herrera aceptó finalmente el ministerio de relaciones exteriores en 1921; tampoco alude a la sustracción del texto de Marco Fidel Suárez *Honores y deshonra*, y a su publicación por Laureano Gómez, lo que aclararía las caricaturas 327 y 781: en la primera aparece Gómez como un "Gutenberg Bochica" ofreciendo a la venta el folleto de Suárez; en la segunda Rendón lo viste de presidiario en la Conferencia de Santiago, "donde se discute sobre propiedad literaria y artística". Colmenares se limita en este caso a decir que Suárez publicó un folleto de defensa y "zahería también a [...] Laureano Gómez".

Con todo, en el conjunto de la obra, las anteriores son minucias de escasa importancia: el hecho es que se trata de un magnífico libro que contribuye al conocimiento de uno de los períodos más interesantes de la historia del país.

JORGE ORLANDO MELO

Experiencia para el lego y el iniciado

Evaluación de la asesoría económica a los países en desarrollo. El caso colombiano
Lauchlin Currie
Fondo Editorial Cerec. Bogotá, 1984,
342 págs.

La primera misión de estudio que el Banco Mundial realizó tuvo como objeto a Colombia y fue dirigida en 1949 por el profesor Currie, quien para entonces ya contaba con rica experiencia profesional. A partir de esa oportunidad, el profesor Currie ha participado en innumerables labores de asesoría económica y ha

permanecido muy cerca de los escenarios de decisión de la política económica en Colombia.

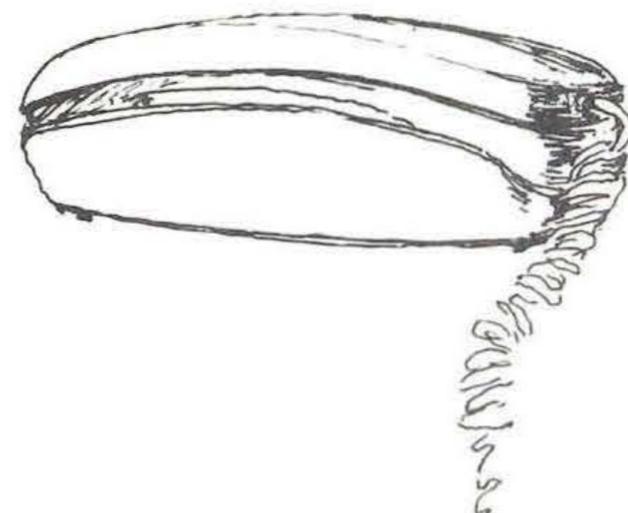
Este libro es una evaluación de esas experiencias. No se trata, sin embargo, de una autobiografía ni de un estudio técnico, aunque comparte el estilo fluido y decantado de la primera y la rigurosidad del análisis del segundo. La evaluación gira alrededor de los objetivos del desarrollo, a partir de los cuales se juzga el trabajo de los asesores en diversos campos de la macroeconomía y en sectores y proyectos específicos. No obstante, ni los casos ni su forma de análisis aparecen aislados, a pesar de tratarse de materias que van de la política monetaria a proyectos industriales, y de la teoría tributaria a la del desarrollo.

El profesor Currie es, justamente, uno de esos "antiguos generalistas", como él mismo los llama, que cuenta con la capacidad de analizar problemas desde una óptica global con recurso a un cuerpo único e integrado de teoría. No existe una teoría económica diferente para los países en desarrollo, si bien pueden ser otras las circunstancias o los problemas, ni una teoría especializada para las cuestiones agrarias, para citar sólo un ejemplo, que no sea consistente con el cuerpo restante de la teoría económica. Muchos de los errores que cometen los asesores se deben a la falta de consistencia entre las recomendaciones que harían en un país desarrollado y las que suelen hacer en uno en desarrollo, muchas veces influidos por valores personales y por la creencia de que las fuerzas económicas actúan de manera diferente en uno u otro caso. Así, a menudo los asesores en materia de desarrollo abogan por políticas inmediatas de redistribución de la propiedad o del ingreso o por medidas que atacan directamente la pobreza que jamás considerarían aceptables en un país desarrollado.

La falta de claridad sobre los objetivos y las prioridades del desarrollo conduce así a recomendaciones que tienden a debilitar las fuerzas del mercado y cuyo éxito depende excesivamente de una posibilidad de

ejecución y de administración que suele ser limitada en un país en desarrollo que, como tal, tiene un control insuficiente sobre su medio. El resultado es pues, a menudo, contraproducente, como quiera que se retarda el crecimiento y se reduce la movilidad económica. Una política de control de arriendos, por ejemplo, que busca reducir el costo de la vivienda y favorecer a los arrendatarios, si es efectiva, termina por desestimular la construcción y por elevar la insuficiencia habitacional. De igual forma, una estrategia que pretende detener la migración a las ciudades para impedir que se eleven los salarios rurales y aumente el desempleo urbano, entorpece los aumentos de productividad agrícola y perpetúa un estado de estrechez de demanda y de bajos niveles de empleo.

Por consiguiente, debido a que las capacidades de control y el tiempo son limitados y a que deben movilizarse, antes que inhibirse las fuerzas económicas, el autor plantea la necesidad de que los esfuerzos de la política económica se concentren en un número limitado de objetivos, concediendo prioridad entre ellos al crecimiento económico. Si bien no puede asegurarse que el bienestar aumente con el crecimiento económico, su ausencia produce "malestar", ya que la falta de crecimiento reduce las oportunidades de cambio y la sensación de rumbo y actividad entre las personas. Una tasa de crecimiento específica no es una meta en sí misma, sino más bien el resultado de las políticas proyectadas para garantizar un uso más adecuado de los recursos y una mayor movilidad.



Aunque su título puede sugerir lo contrario, esta es una obra igualmente accesible al lego y al iniciado. No se respira allí el aire enrarecido de las revistas profesionales ni la atmósfera de irrealidad de los libros de texto, pues al evaluarse la acción de los asesores y las decisiones de política económica, se tiene siempre en cuenta que quienes intervienen son "individuos comunes y corrientes", influidos por sus relaciones interpersonales, sus motivaciones y sus valores. Es quizás de aquí de donde el libro deriva un delicioso sabor de tertulia intelectual y de reflexión compartida, sin incurrir en la práctica de la libre asociación que aqueja aún a los economistas más "científicos".

La mayoría de los elementos teóricos que aparecen en este libro no le resultarán nuevos al lector familiarizado con los abundantes escritos del profesor Currie. Sin embargo, las discusiones teóricas y los análisis sobre sus aplicaciones mantienen toda su vitalidad y su vigencia, ya que el autor logra, de una forma directa y lúcida, mostrar que detrás de la coherencia lógica la argumentación se apoya en un conocimiento profundo de las instituciones y del comportamiento de los individuos que toman las decisiones de política.

EDUARDO LORA

La humorística crónica de nuestro tiempo

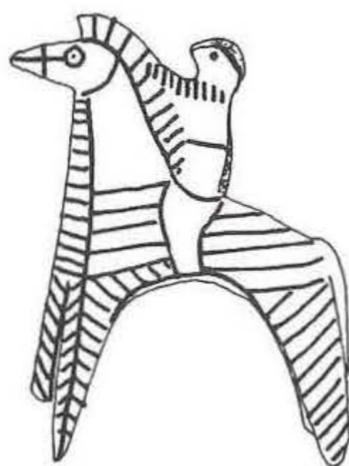
¡Piedad con este pobre huérfano!
Daniel Samper Pizano
Plaza y Janés. Bogotá, 1984

Dos virtudes hacen de Daniel Samper Pizano el mejor periodista de la Colombia de hoy: primero, la fibra moral del columnista que se ha convertido en el fiscal de los poderes del Estado, de las multinacionales, de los políticos, de todos los estamentos cuyo poder los hace intocables; y, segundo, el más hilarante —y delirante— sentido del humor. (Por cierto, dice bien del país saber que su

periodista más fidedigno y más valeroso sea también su mejor escritor de humor).

Daniel Samper Pizano nació en Bogotá en 1945, estudió derecho en la Universidad Javeriana, donde se graduó con una tesis sobre derecho espacial y régimen jurídico de la estratosfera y de la luna y del espacio interestelar, dedicada "a Yuri Gagarin, el Cristóbal Colón del espacio". Parodiando las "vidas de hombres ilustres pero q.e.p.d" que incluye en su último libro, se podría decir que acto seguido abrió oficina de abogado en Bogotá, pero que no encontró clientes para su especialidad. El caso es que, desde sus tiempos de estudiante, en 1964, inició su carrera periodística en El Tiempo y, salvo algunos intervalos de estudios en Estados Unidos—Kansas, Harvard, Columbia—, y de trabajo —Periodistas Asociados, El Pueblo, Alternativa—, ha trabajado allí hasta hoy.

Samper publicó en 1978 una *Antología de grandes reportajes colombianos* (Ediciones Hombre Nuevo), que es referencia imprescindible para quien aborde la historia del periodismo nacional. Su bibliografía se completa con cuatro compilaciones de sus escritos de humor: *A mí que me esculquen*, *Dejémonos de vainas* —que da título a la serie más popular de la televisión colombiana, cuyos argumentos se deben, también, al mismo Samper—, *Llévate esos payasos*, todos los cuales editó Pluma, y, el cuarto y más reciente, editado por Plaza y Janés, *¡Piedad con este pobre huérfano!*



El único defecto que puede cargarse a este último libro de Daniel Samper Pizano es que no tiene índice. Si fuera una mano, tendría cuatro dedos y no podría señalar a nadie;

pero tratándose de un libro, y de un libro tan especial como éste, la omisión del editor se convierte en una trampa para el lector, o mejor, para el relector, que, cuando quiere buscar alguna de las siempre magníficas crónicas de este libro, termina enredado en otra, y en otra, siempre riendo a carcajadas.

Acerca de los textos periodísticos publicados hace mucho, cabe preguntarse sobre si valió la pena reeditarlos o no; casi siempre hay que contestar que no, como con ciertos libros que hizo la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Pero con el libro de Samper Pizano la pregunta es inofensiva. Se trata de escritos muy recientes —1983, 1984— publicados, la mayoría, en El Tiempo y en la Revista Diners, y el lector (o relector, porque todo lector de Samper es su relector) se felicita de poder disponer en forma de libro de aquellas divertidísimas crónicas que alguna vez pudo leer cuando abría el periódico directamente en la página quinta, omitiendo los titulares de la primera, buscando a su columnista favorito en el ángulo superior derecho o debajo de la caricatura.

Podría dedicarse un párrafo —y más— a consideraciones sobre el humorismo. Y citar a Bergson. Un colorido párrafo que hablara de humor negro y de chistes verdes. Pero lo principal aquí, a la hora de enunciar los recursos humorísticos de Samper Pizano, es que este periodista bogotano, si bien no desdeña el *calembour* y el humor verbal, despliega su talento más bien en la narración de situaciones cómicas —argumentalmente humorísticas—, aferrándose literalmente a hechos de por sí hilarantes, ilustrados con comparaciones y consideraciones —ya desprevenidas, ya mordaces— que hacen que sus lectores le escriban cosas como ésta: "Gracias a su último libro me están saliendo patas de gallina de tanto reír. Por favor, siga haciéndome arrugar".

En la más agria y desventajosa polémica que durante su vida sostuvo Lucas Caballero, Klim —en quien Daniel Samper reconoce a su maestro—, la contraparte del humorista,